

VISIÓN DE LA PINTURA INOCENTE

Enrique Molina Campos

A Mari Carmen Corcelles y Juan Béjar

Decidme dónde, en medio de este verde profuso,
en medio de la ostentosa apretura de estas descomunales hojas,
están los demonios que, según se nos dice, asedian al hombre y lo retuercen desde dentro,
las implacables destrucciones, la voluntad de mal, o acaso menos, el ansia que el hombre siente de
sobrevivir aun en su ruindad o en su vergüenza.

Decidme si este aire tornasolado, y las múltiples luces que lo sostienen y lo convierten en elemento
y al par en privilegio, no son muestra o siquiera testimonio de otro ámbito, otro origen
cuyo recuerdo nunca acabaremos de entender porque nunca
sabremos si van antes o después de nosotros en el imaginario molinete de tiempo que un soplo
desconocido hace espantosamente girar en nuestra índole.

Decidme dónde está la materia: la almagra, el albayalde, la cal, el yeso, el bistre,
los aceites y sus infinitas alquimias, los zumos y las pastas
que son naturaleza o representación, significado o instrumento.

Yo sólo veo un jardín, he querido decir un paraíso, o quizá un laberinto de sueños desmedidos y
dispuestos en tallos, ramas, hojas, frutos intocables.

Decidme, entonces, si es la pasión, corriendo a oscuras desde el cerebro hasta las manos,
hasta el pincel, hasta el lienzo o la tabla, hasta las portentosas hojas y su atmósfera,
si es la pasión, con modos de inocencia, la que finalmente concibe este radiante orden
y regala a la contemplación esta fiesta de armonía primera.

Decidme, decidme qué se hace delante de este mundo no nuestro
o demasiadamente nuestro, qué se hace con los ojos no acostumbrados a tal aventura de pureza,
qué se hace al regresar, al volver la mirada hacia el día en que se está viviendo,
al dejar abandonada y encerrada en el marco la más espontánea e intacta de las hermosuras.